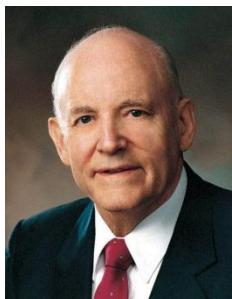


SIGAMOS AL HIJO DE DIOS

Presidente Howard W. Hunter
Presidente de la iglesia



"Estamos en una época en la historia del mundo, así como en el progreso de la Iglesia, en que debemos dedicarnos a pensar más en las cosas sagradas y a comportarnos más como el Salvador espera que Sus discípulos lo hagan."

Mis queridos hermanos, llegamos ahora a la conclusión de otra maravillosa conferencia de la Iglesia. Hemos sentido en forma extraordinaria la presencia del Espíritu. Les recomiendo que escuchen el consejo sabio e inspirado que han recibido de las Autoridades Generales y de los oficiales generales de las organizaciones auxiliares de la Iglesia. Ruego humildemente que mientras estos consejos estén vividos en nuestra mente, tomemos la determinación de incorporarlos a nuestra vida.

Quiero que sepan lo mucho que amo y aprecio a mis dedicados consejeros, el presidente Gordon B. Hinckley y el presidente Thomas S. Monson; son hombres de sabiduría, experiencia y conocimiento. Amo y apoyo a mis hermanos del Quorum de los Doce Apóstoles, con quienes he servido al Señor más de treinta y cuatro años. A los miembros de los Setenta y del Obispado Presidente, les expreso mi gratitud y amor por su sacrificio y por el servicio que prestan a la Iglesia en todo el mundo. De igual manera, rindo tributo a los oficiales generales de las organizaciones auxiliares.

Al meditar sobre los mensajes de la conferencia, me he hecho esta pregunta: ¿De qué forma puedo ayudar a los demás a participar en toda la bondad y las bendiciones de nuestro Padre Celestial? La respuesta para todos consiste en seguir la dirección que hemos recibido de aquellos a quienes sostenemos como Profetas, Videntes y Reveladores, y a las demás Autoridades Generales. Estudiemos sus palabras, pronunciadas con el espíritu de inspiración, y utilicémoslas con frecuencia. El Señor ha revelado Su voluntad a los santos en esta conferencia.

Testifico en forma solemne y agradecida que Jesús es el Cristo, el Salvador del mundo. Ciertamente Él es la figura central de nuestra adoración y la clave para nuestra felicidad. Sigamos al Hijo de Dios en todo lo que hagamos y por todos los senderos de la vida. Que sea Él nuestro ejemplo y nuestro guía.

Estamos en una época en la historia del mundo, así como en el progreso de la Iglesia, en que debemos dedicarnos a pensar más en las cosas sagradas y a comportarnos más como el Salvador espera que Sus discípulos lo hagan. En todo momento debemos preguntarnos: "¿Qué haría Jesús?" y luego actuar con más valor de acuerdo con la respuesta. Debemos ocuparnos de los asuntos de Su obra como Él se ocupó de los de Su Padre. Debemos hacer todo el esfuerzo posible por llegar a ser como Cristo, el único ejemplo perfecto y sin pecado que este mundo jamás haya visto.

Nuevamente recalcamos las bendiciones personales que se reciben por medio de la adoración en el templo, y la santidad y la seguridad que reinan dentro de esas sagradas paredes. Es la Casa del Señor, un lugar de revelación y de paz. Al asistir al templo, aprenderemos más plena y profundamente el propósito de la vida y el significado del sacrificio expiatorio del Señor Jesucristo. Hagamos del templo, conjuntamente con la adoración, los convenios y el casamiento que se efectúan en sus recintos, nuestra meta terrenal suprema y nuestra experiencia más sublime.

Compartamos con nuestros hijos los sentimientos espirituales que tengamos en el templo. Y enseñémosles con más devoción y más naturalidad las cosas que debidamente podamos decirles en cuanto a los propósitos de la Casa del Señor.

Ayudemos a cada misionero a prepararse para entrar en el templo dignamente, y para convertir esa experiencia en algo aún más sublime que recibir el llamamiento misional. Hagamos los planes para que nuestros hijos se casen en la Casa del Señor, y enseñémosles y exhortémoslos a cumplir con esa sagrada ordenanza. Reafirmemos con una energía mayor de la que hayamos empleado hasta ahora que, efectivamente, es importante en dónde nos casemos y mediante cuál autoridad se nos pronuncie marido y mujer.

Todos los esfuerzos que dediquemos a la proclamación del evangelio, al perfeccionamiento de los santos y a la redención de los muertos conducen al santo templo; la razón es que las ordenanzas del templo son de importancia vital pues no podemos regresar a la presencia de Dios sin ellas. Exhorto a todos a que asistan fielmente al templo o a que se preparen para el día en que puedan entrar en esa santa casa para recibir sus ordenanzas y hacer convenios.

Ojalá permitan ustedes que el significado, la belleza y la paz del templo penetren más directamente en su vida diaria, a fin de que pueda llegar el día milenario, ese día prometido en que "volverán sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces; no alzará espada nación contra nación, ni se adiestrarán más para la guerra... y caminaremos a la luz de Jehová" (Isaías 2:4-5).

En repetidas ocasiones, durante Su ministerio terrenal, nuestro Señor extendió un llamado que era una invitación y un desafío a la vez. Cristo les dijo a Pedro y a Andrés: "Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres" (Mateo 4:19). Estamos embarcados en la obra de salvar almas, de invitar a las personas a venir a Cristo, de llevarlas a las aguas del bautismo a fin de que continúen progresando por el sendero que conduce a la vida eterna. Este mundo necesita el Evangelio de Jesucristo. El evangelio proporciona el único medio por el que el mundo puede llegar a lograr la paz. Como seguidores de Jesucristo, deseamos agrandar el círculo de amor y comprensión entre los pueblos de la tierra.

Los profetas de tiempos pasados han enseñado que todos los jóvenes sanos, capaces y dignos deben cumplir una misión regular. Hoy día vuelvo a recalcar la importancia de que lo hagan. Asimismo, tenemos gran necesidad de matrimonios capaces y maduros que presten servicio en el campo misional. Jesús les dijo a sus

discípulos: "La mies a la verdad es mucha, más los obreros pocos; por tanto, rogad al Señor de la mies que envíe obreros a su mies" (Lucas 10:2).

Y ahora, mis amados hermanos y hermanas, mediante el poder y la autoridad del sacerdocio de que estoy investido, y en virtud del llamamiento que ahora poseo, invoco mis bendiciones sobre ustedes. Los bendigo en sus esfuerzos por vivir una vida más semejante a la de Cristo; los bendigo con un mayor deseo de ser dignos de tener la recomendación para el templo y de asistir al templo con tanta frecuencia como las circunstancias se lo permitan; los bendigo para que reciban la paz de nuestro Padre Celestial en sus hogares y para que sean guiados mientras enseñen a su familia a seguir al Maestro.

De nuevo testifico que el Evangelio restaurado de Jesucristo es verdadero. Siento muy profundamente mi dependencia del Señor para guiar y dirigir Su reino. Les agradezco nuevamente su voto de sostenimiento, y su fe y oraciones en mi favor y el de mis hermanos de las Autoridades Generales, y lo hago en el nombre de Jesucristo. Amén.